



XIV

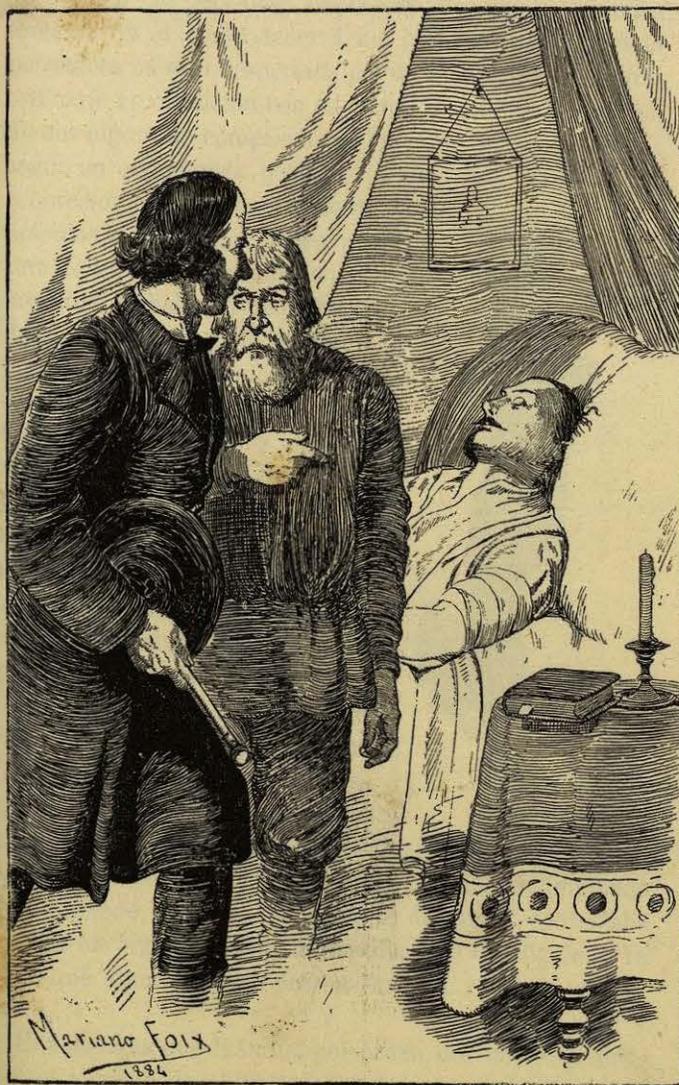
EL doctor Vladimiro Paulitch llegó al castillo muy á tiempo para cuidar á Gilberto. La herida era ancha y profunda, y á causa de los grandes calores que reinaban entonces hubiera podido adquirir un carácter maligno; felizmente el doctor Vladimiro era un hombre muy hábil y gracias á sus cuidados la herida se cicatrizó con rapidez. Empleó ciertos específicos, cuyo uso le era propio, los cuales tuvo buen cuidado de no dejar conocer á su enfermo. Su medicina era misteriosa como su persona.

Vladimiro Paulitch tenía cuarenta años; su fisonomía llamaba la atención, aun cuando carecía de atractivo. Sus ojos tenían el color y el brillo duro del acero, sus miradas ardientes, que se extinguían á voluntad, preguntaban con frecuencia, pero nunca se dejaban interrogar. Bien formado, alto, de talle delgado y suelto, mostraba en su andar y en sus movimientos la flexibilidad y lentitud de la raza felina. Su palabra, aunque fácil, era lenta también, y no se animaba jamás; el timbre de la voz sorda y velada, oscura, en ningún caso levantaba ni bajaba el tono,

carecía de modulaciones; cada una de sus frases terminaba por una cadencia en tono menor que sonaba melancólicamente en el oído. Verdad es que á veces sonreía al hablar, pero con una sonrisa pálida, que no animaba su faz. Esta sonrisa significaba, sencillamente: «No os digo mi mejor argumento, y os desafío á que lo adivinéis...»

Dotado de esa admirable facilidad de percepción que se observa con frecuencia entre los eslavos, Vladimiro todo lo había previsto, lo había sospechado todo. Hablaba con facilidad cinco ó seis lenguas, conocía todas las literaturas de Europa, no había ciencia de la que no hubiese adquirido alguna noción; pero nada había profundizado: de todos los libros que hojeó, no había estudiado más que el prefacio, de tal modo que, fuera de la medicina, en que el instinto le servía más que el estudio, no poseía sino principios ó rudimentos, y sus ideas sólo eran bosquejos de errores ó verdades. Se preciaba de haber examinado todos los sistemas filosóficos y de despreciarlos todos; pero tampoco había recibido lecciones ni consejos de ninguno de los ilustres pensadores que han sido los profesores del género humano; vanagloriábase de no tener que agradecer nada á nadie; había compuesto para su uso exclusivo *su credo*, su filosofía; era uno de esos seres que no tienen padre, ni madre, ni familia, ni patria: verdaderos expósitos de la inteligencia, *heimathlo-*ses del reinado del pensamiento, para los cuales no existe lugar en la tierra del que puedan decir: «¡Este es mi país! ¡Esta es mi casa paterna! ¡He aquí la cuna donde se fijaron mis primeros ensueños! ¡He aquí la escuela que desató mi lengua!...»

Vladimiro se creía despreocupado, como si la suprema esclavitud para el pensamiento, no consistiera en hallarse bajo la dependencia de los hechos fortuitos. Desgraciadas inteligencias las que sacan toda su enseñanza de los accidentes y de las vicisitudes de la vida, y no han frecuentado otra escuela que la de la fortuna! Indudablemente, es útil



aprovechar las lecciones de la experiencia, y Casanova tenía razón al compadecer á los hombres cuya facultad pensadora ha sido despertada por un acontecimiento extraordinario en oposición con sus hábitos cotidianos. No son menos dignos de compasión los que no raciocinan jamás según su experiencia personal, y que, entregados á los acontecimientos, consultan como oráculos la ventura y la desventura de su vida. Vladimiro en su juventud se había visto colmado de los favores del cielo, y la prosperidad, expansionando su alma, le había hecho tomar un vuelo noble y generoso; pero al llegar á los treinta años se vió herido por un gran infortunio que había roto todos los resortes de su sér y destruído al mismo tiempo su inteligencia y su corazón. Una noche de escarcha había bastado para destruir todas las esperanzas de su primavera. Desde aquel momento, miró las cosas y los hombres sólo á través de su desdicha, y como Dios no operó un milagro en su favor, se había persuadido de que el mundo está regido por la ciega é implacable fatalidad. Infatuado de este modo, y como idólatra de su desgracia, contestaba á todos los argumentos de la filosofía y de la religión: «Ya sé á qué atenerme; el destino me ha revelado su secreto...»

Una mañana que Iván fué por orden del doctor á renovar el vendaje de Gilberto, nuestro amigo le interrogó sobre el carácter y la vida de Vladimiro Paulitch. Iván nada sabía del hombre, se limitó á ensalzar el genio del médico, expresándose en tono misterioso. La figura impo-



nente de aquel impenetrable personaje, el poder extraordinario de su mirada, su impasible gravedad, las curaciones milagrosas que había hecho! no se necesitaba más para convencer al buen siervo de que Vladimiro Paulitch estaba dado á la magia y tenía relaciones con los espíritus; y sentía hacia su persona una profunda veneración no exenta de cierto terror supersticioso. Contó á Gilberto que, á la edad de veinticinco años, Vladimiro dirigía ya un hospital y una casa de salud que el conde Kostia había establecido en sus posesiones, y que gracias á él, aquellos dos establecimientos no tenían igual en toda Rusia.

—El año pasado vino á cuidar al *barine*, y le anunció que la crisis se repetiría este año, pero más débil, y que sería la última. Ya veréis cómo pasará todo del modo que lo predijo. Kostia Petrovitch está ya mucho mejor, y apuesto á que el verano venidero transcurrirá sin que se resienta de los nervios.

Iba á retirarse Iván cuando le llamó Gilberto para que le diese noticias de Esteban. El siervo había guardado la más absoluta discreción, refiriendo á su amo la aventura de la terraza de manera que no resultase compromiso para nadie. Eso sí, le había costado gran trabajo persuadirle de que el perro se había abalanzado sobre Gilberto sin que mediara la menor excitación por parte de Esteban.

—Pero dime—preguntó en su lenguaje familiar—¿qué te propusiste al arrancar del desdichado Voraz el guante de mi amo?

—El señorito me había retado, y mi amor propio se interesó. Cometí una solemne necedad, y te juro que malditas las ganas que tengo de repetirla.

—Me alegro—replicó Iván con acento ligeramente irónico—tanto más cuanto que si pensáis haberos captado su aprecio, andáis muy equivocado. En prueba de ello, hace ya días que se ha abstenido de poner los pies en la terraza por temor de encontraros allí.

Esta desagradable noticia inquietó á Gilberto, pero ocultó cuidadosamente su tristeza.

—¿Por qué—decía entre sí—procura Esteban evitar mi presencia? ¿Será un ardid de guerra para adormecer la desconfianza de su carcelero? ó bien una infundada vergüenza hace que repugne volver á verme? ¿será que habré conseguido atizar el odio que me había jurado?...

Al día siguiente, Gilberto comió en la gran sala del castillo con M. Leminof y el padre Alejo.

—No os preocupéis porque Esteban no coma hoy con nosotros—le dijo el conde.—No está enfermo; pero tiene un nuevo motivo de queja contra vos; dice que habéis causado la muerte de su perro. Os pido perdón, querido Gilberto, por la sinrazón de mi hijo... Le he permitido que se enfurruñe durante tres días. Transcurrido este plazo espero que os pondrá buena cara y que vendrá sin pestañear á ocupar de nuevo su sitio en la mesa frente á vos.

—¿Y cómo el doctor Vladimiro no es de los nuestros?

—Me ha rogado que le dispensara por algunos días. Se encuentra muy fatigado por los cuidados que ha debido dispensarme. Un tratamiento magnético, ¿comprendéis?... He de participaros que todos los años, durante el estío, estoy sujeto á ataques de neuralgia que me hacen sufrir mucho. Á propósito; habéis visto varias veces á nuestro admirable doctor, ¿qué opinión tenéis formada de él?

—No sé si es un gran sabio, pero me inclino á creer que es un artista de primer orden.

—No cabe mejor elogio de él; la medicina, más bien que ciencia, es arte. Nuestro doctor es, además, modelo de abnegación; le debo la vida y no penséis que me la salvó como médico. Un soberbio tronco desbocado; á veinte pasos de distancia un precipicio, el doctor saliendo de un bosquecillo, arrojándose á detener los caballos, y suspendiéndose de sus narices, que sus manos oprímian

con violencia... Ya estáis viendo la escena. Lo chistoso fué que cuando le di gracias con la efusión que podéis pensar, con acento tranquilo y limpiándose las rodillas, porque los caballos, al rendirse, le habían tendido en el polvo: «Yo y no vos, debo estaros reconocido, me contestó; por primera vez en mi vida acabo de verme suspendido entre la muerte y la vida, y es una sensación singular que á no ser por vos, no hubiera experimentado.» Eso os pinta el hombre y su sangre fría!

—No me sorprende que tenga la agilidad de un gato montés —repuso Gilberto— pero sospecho que su sangre fría sea ficticia, y la placidez de su semblante una máscara bajo la cual oculta un alma muy apasionada.

—Apasionada... no es esa la palabra propia, porque á lo más el doctor conoce sólo las pasiones imaginarias. Hubo un tiempo en que se creyó perdidamente enamorado; debilidad imperdonable en un hombre tan distinguido, pero no tardó en desengañarse. Desde entonces no ha vuelto á caer en tan funesto error.

—Luego, el deseo de saber y la medicina son las únicas pasiones de Vladimiro Paulitch!

—Decís bien. Ha consagrado todo su tiempo y todos sus pensamientos al estudio y á la práctica de su arte. No es posible imaginar una vida más austera: no se ha entregado jamás á los placeres, no ha concedido nada á los sentidos, y por cierto que esa gran abstención de todos los goces comunes no reconoce por causa escrúpulos religiosos. El doctor no cree más que en los átomos; pero es ascético por gusto. Ya sabéis la admirable definición que Voltaire ha dado del amor, *la tela de la naturaleza recamada por la imaginación*. ¡Pues bien! Vladimiro Paulitch está desprovisto de esa imaginación que borda al realce, y por otra parte la tela lisa excita su desprecio, quiero decir que desdeña los deleites por orgullo intelectual. De modo que, ese terrible incrédulo, que tiene la moral por una quimera y vive en la abstinencia, es, como queráis, un liber-

tino sin vicios ó un santo sin principios; lo cual no deja de constituir un carácter bastante singular.

—Según esa cuenta—dijo Gilberto—su virtud no es más que un accidente.

—¿Estáis bien seguro de que la virtud sea jamás otra cosa? —replicó M. Leminof.

En esto anocheció; Gilberto, á caza de informes, atravesó el patio, uno de cuyos lados formaba la capilla, y entrando en la parte trasera por una puerta excusada, fué en busca del padre Alejo. No tardó en encontrarle, porque el padre había dejado los postigos entreabiertos, y fumaba tranquilamente su pipa, sentado en el alféizar de la ventana. En cuanto divisó á Gilberto:

—¡Oh! ¡bravo joven! —exclamó.— ¡Entrad, entrad! Mi aposento y mi corazón están siempre abiertos para vos.

Gilberto le mostró el brazo en cabestrillo, lo cual le impedía escalar la ventana.

—¿No es más que eso, hijo mío?—dijo el padre Alejo.— Voy á subiros hasta aquí.

Gilberto se agarró con el brazo derecho y el padre Alejo le atrajo hacia sí, encontrándose en seguida sentados uno enfrente de otro, confundiendo á su sabor las azuladas espirales de humo de sus pipas.

—¿No habéis observado—dijo el padre Alejo—que Kostia Petrovitch estaba hoy de muy mal humor? Cuando os digo que tiene ratos muy buenos! Vladimiro Paulitch le ha prestado muy buenos servicios. ¡Qué médico ese Vladimiro! Es una lástima que no crea en Dios; pero algún día tal vez la gracia moverá su corazón, y entonces será un hombre completo.

—Á hallarme yo en vuestro lugar, padre mío, ese Vladimiro me causaría miedo. Iván supone que es un tanto hechicero. ¿No teméis que el mejor día os robe vuestro secreto?

El padre Alejo se encogió de hombros.

—Iván chochea—contestó.—Si Vladimiro Paulitch fuese

hechicero ¿no hubiera penetrado, tiempo há, el misterio que ardía en deseos de profundizar? porque ese hombre hace algo más que amar al conde Kostia; le es adicto hasta el fanatismo... Y lo confirma que, habiendo descubierto que la condesa Olga estaba en cinta, cometió la barbaridad de convertirse en su delator, — y aquella carta que anunciaba al conde Kostia su deshonor, aquella carta que le hizo volver de París como un rayo, aquella carta en fin que ocasionó la muerte de la condesa Olga Vassilievna, la escribió él, Vladimiro Paulitch.

—¿Y ese mismo Vladimiro fué quién denunció á Morlof, haciéndole blanco del injusto furor del conde?

—Al contrario, Vladimiro abogó por él; pero su elocuencia se estrelló contra las ciegas prevenciones de Kostia Petrovitch. Ese Morlof era, por su desgracia, un elegante muy conocido por sus amorosas aventuras. Por lo demás, era hombre de honor, incapaz de engañar á un amigo, y lo que le perdió fué esa reputación de conquistador de que se vanagloriaba. Y luégo, cuando Kostia Petrovitch interrogó á su mujer, negándose ésta á denunciar á su seductor, se le ocurrió nombrar á Morlof, y la vivacidad con que la condesa le defendió, confirmó al conde en sus sospechas. Para desengañarle, fué preciso nada menos que aquel trágico encuentro que llegó demasiado tarde á mi noticia. Al exhalar el último suspiro, Morlof tendió la mano á su matador. « ¡ Muero inocente! » le dijo. Y en estas supremas palabras de un moribundo, había tal acento de verdad, que el conde Kostia no dudó ya; la luz había penetrado en su alma.

Como iba haciéndose más densa la oscuridad de la noche, el padre Alejo encendió una bujía.

— Hijo mío — dijo volviendo á sentarse y avivando la lumbre de su pipa — debo contarte una cosa que ha llegado hoy á mi noticia pocos momentos antes de comer, y que me parece muy rara. Escúchame con atención y estoy seguro de que participarás de mi asombro.

Gilberto aplicó el oído, presintiendo que el padre Alejo iba á hablarle de Esteban.

— Es un hecho singular — prosiguió el padre — que no quisiera contar al primer advenedizo, pero que me complace poderte referir, porque eres hombre formal y sesudo, aunque por tu desgracia no seas ortodoxo. ¡ Pluguiera á Dios que lo fueses! Sabe pues, hijo mío, que hoy, como sábado, he ido según costumbre á visitar á Esteban para catequizarle, y por las razones que no ignoras, he redoblado mis esfuerzos á fin de hacer penetrar las santas verdades de la fe en aquella rebelde cabeza. Parece que involuntariamente le has causado algunos pesares, y puedes creer que con el carácter que tiene, lejos de perdonarte, ha querido hacerme participe de sus resentimientos. No obstante, él, que habitualmente se arrebató y enfurece en cuanto le pica una mosca, tenía, mientras me contaba sus cuitas, un aire de tranquilidad y moderación en el acento que me han admirado hasta el último punto. Esforzándome yo en descubrir el motivo de su conducta, me ocurrió levantar los ojos hacia las imágenes de san Jorge y san Sergio que decoran uno de los ángulos de su cuarto, y ante los cuales reza sus oraciones por mañana y noche. ¡ Oh sorpresa! ¡ Oh dolor! Noto que los dos santos han sufrido vergonzosos ultrajes: uno no tiene piernas y el otro está desfigurado por una horrible cicatriz... « ¡ Virgen santa! exclamo con trémula voz. ¿ Quién ha tenido la audacia de poner su mano profana en estas venerables imágenes?... » Pero él, sonriendo: « El culpable está aquí, padre mío, me ha contestado. Soy yo; el otro día en un acceso de justa cólera, he zurrado á más no poder á esos dos santos para castigarlos de serme poco propicios. » ¿ Cómo pintarte mi estupor? Cayeron inertes mis brazos, un sudor frío inundó mi frente y se me entorpeció la lengua; no sabía qué hacer, ni qué pensar. Cuando me repuse de mi sorpresa, irritado por la indignación, no hallaba palabras bastante fuertes para demostrar á ese joven impío

la enormidad de su crimen. ¡Zurrar á san Jorge! ¡Zurrar á san Sergio! ¡qué atentado! ¡qué sacrilegio!... ¡Ah! hijo mío, ¡eran mis dos más bellas obras!... ¿Crearás que Esteban no ha demostrado el más mínimo arrepentimiento? Su impasible sangre fría me ha exasperado. Y señalando el cielo, le amenazaba con los divinos rayos; pero no se ha conmovido; sin inmutarse en lo más mínimo, se ha levantado de su asiento, ha venido á mí y con la mano me ha cerrado la boca. «Padre mío, escuchadme, me ha dicho con tal firmeza que me impuso. He procedido mal, si queréis, pero si fuese preciso volvería á reincidir, porque desde que los he castigado, los dos santos han decidido acudir en mi auxilio, y al día siguiente de la ejecución, sin que se haya operado la menor variación en mi existencia, he sentido súbitamente que mi corazón se aliviaba de un gran peso; os lo juro, por vez primera ha penetrado en mi alma un rayo de celeste esperanza...» ¿Qué te parece de esto, hijo mío? Que se castigue á un niño... ¡Pero á los santos!...

El padre Alejo hablaba de aquel gran misterio, tan compungido, que Gilberto estuvo á punto de reirse, pero se contuvo; le estaba muy reconocido por su oficiosa relación y de buena gana le hubiera abrazado.

—¡Oh qué buena nueva!—decía entre sí.—Ese corazón aliviado de un peso, ese rayo de celeste esperanza!... ¡Dios sea loado! ¡no he trabajado en vano! ¡San Jorge y san Sergio me roban la gloria! ¿Qué importa? estoy satisfecho.

—¿Y qué habéis contestado á Esteban?—preguntó al padre.—¿Le habéis reprendido, ó le habéis felicitado?

—El caso era delicado—dijo el buen padre con el aire de un filósofo que medita sobre las materias más abstrusas;—pero yo tengo claro el entendimiento y he salido del mejor modo posible. «La invención es admirable» he exclamado mirándole con asombro... y luego fingiendo severidad: ¡Pero el pecado es enorme!

Al día siguiente, á la hora de comer, Gilberto no esperó á que sonara la campana para bajar al comedor, y se quedó sorprendido al encontrar allí á Esteban. En pié y apoyándose en el vasar, al verle el joven se turbó, y ruborizado volvió la cabeza á la pared. Gilberto se detuvo á algunos pasos de él. Entonces con opaca voz y tono á la vez tierno y brusco:

—¿Y vuestro brazo?—le dijo Esteban.

—Está casi curado. Mañana dejaré el cabestrillo.

Esteban guardó silencio por un momento. Con voz más baja todavía:

—¿Qué pensáis hacer?—balbuceó—¿cuáles son vuestros proyectos?

—Aguardo saber vuestra voluntad—repuso Gilberto.

El joven se tapó los ojos con las manos, y como Gilberto no decía una palabra, se estremeció de impaciencia y despecho.

—Su orgullo me pide perdón—pensó Gilberto.—Le evitaré la pena de ser el primero en hablar.

—Tendría mucho gusto en conversar con vos un rato—le dijo bajito.—No podrá ser en el terraplén porque Iván no os deja un instante. ¿Va por la noche al cuarto?

—¿Os chanceáis?—contestó Esteban irguiendo la cabeza.—Después de las nueve le está prohibido á Iván poner los piés en mi cuarto.

—Y su aposento, si no me engaño—prosiguió Gilberto—está separado del vuestro por un corredor y una escalera; no correríamos el riesgo de ser oídos.

Esteban se volvió á él, y mirándole de frente:

—Dais en todo—le dijo con irónica y triste sonrisa.—Á lo que parece, para venir á mi aposento, montaréis en una golondrina. ¿Habéis hecho ya el trato?

—Pasaré por los tejados—dijo tranquilamente Gilberto.

—¡Imposible! Primero porque no quiero que arriesguéis segunda vez la vida por mí, luego...

—¿Y luego porque mi visita no tiene para vos ningún interés?

Esteban le contestó con una mirada.

En aquel momento, sonaron algunos pasos en el vestíbulo. Cuando el conde entró, Gilberto se paseaba por el fondo de la sala, y Esteban dándole la espalda, observaba atentamente uno de los figurines esculpidos en la ensambladura. M. Leminof, parándose en el umbral de la puerta, miró á entrambos con aire zumbón.

—Á buen tiempo llego—dijo riendo.—¿Qué embarazosa situación, verdad?

Al día siguiente Gilberto partió para Francfort. Un librero de aquella ciudad acababa de remitir á M. Leminof un catálogo de libros antiguos entre los cuales se hallaba el glosario de la *Grecité byzantine* de Du Cange, de cuya obra sólo tenía el conde un ejemplar estropeado é incompleto. Gilberto le persuadió á que le enviara, para comprarlo á bajo precio. Al otro día de su llegada, fué ante todo á casa de un cordelero y le encargó dos escalas de cuerda cuya medida le indicó. El tiempo que después le quedó libre lo consagró á la compra de libros. No sólo se procuró el glosario, sino que como en materia de impresos era expertísimo é inteligente, á fuerza de hurgar, en la tienda de un anticuario, hizo algunas compras de las que quedó sumamente contento. No lo quedó menos cuando por la noche le llevaron al hotel las dos con sabidas escalas. Las ocultó en el fondo de su maleta, y al día siguiente ¡nueva caza de libros! Divagando por las calles, observó en el escaparate de un zapatero un par de zapatos con suelas de fieltro, calzado admirable para evitar los resbalones. Le sentaban bien y los compró sin regatear. También compró un cinturón, un sombrero de alas anchas, un par de pantalones y una blusa de lana rusa.

El sábado siguiente, á mediodía, estaba de regreso en el Geierfels: esperaba que antes de comer podría decirle algunas palabras á Esteban, pero el conde entró en el

comedor antes que su hijo. Felizmente, al final del almuerzo, se levantó de la mesa para sacar de un armario una botella de Tokai con cuyo licor quería obsequiar á su secretario. Mientras estaba vuelto de espaldas buscando la botella y la destapaba, Gilberto hizo un gesto que llamó la atención de Esteban, y luego trazó algunas letras sobre el mantel con el mango del cuchillo. Estas letras significaban: *Esta noche.*

El resto de la comida, Esteban estuvo algo agitado. Á cada momento mudaba de color; se levantó de la mesa el primero y al salir de la sala, se volvió y miró á Gilberto con ademán que descubría su agitación. En cuanto desapareció:

—¡Aún echa de menos el perro!—dijo el conde burlándose.—Decididamente, las pasiones de mi señor hijo son muy interesantes.

